

caballería al Rosellon, á causa de la escasez de víveres y pienso en el Ampurdan, dió orden de que volviere á incorporarse á fin de poder conducirla consigo á Barcelona. Como su artillería, á pesar de lo útil que debia serle en los diferentes encuentros que aun le aguardaban con los españoles, era una carga en extremo embarazosa al través de Cataluña, maxime teniendo que evitar el paso por la carretera interceptada por las plazas de Hostalrich y Gerona, el general Saint-Cyr tomó la resolución atrevida de dejar su artillería en Figueras, llevándose consigo los caballos de tiro. El general Duhesme le habia escrito desde Barcelona que tenia un material inmenso en el arsenal de esta plaza, y que con tal de que se llevasen caballos, podria formarse un tren completo. En su consecuencia decidióse á llevar á cabo la resolución mencionada, y á este fin partió únicamente con la infantería, los caballos de tiro, y algunas acémilas, cargadas de galleta y de cartuchos.

Arreglado todo de esta suerte, y despues de distribuir á cada soldado cincuenta cartuchos y víveres para cuatro dias, avanzó sobre el Fluvia el 9 de diciembre, dejando á retaguardia la division Reille, cuya fuerza era indispensable en Rosas y en Figueras para conservar nuestra base de operaciones, y llevando consigo quince mil infantes, mil quinientos caballos y mil artilleros, ó sea un total de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Una fuerte vanguardia, compuesta de un cuerpo de aragoneses al mando del marqués de Lazan, y de un destacamento del ejército de Vives á las órdenes del general Alvarez, habia hecho ya para entonces contra la division Souham diversas tentativas, las cuales ha-

bian sido rechazadas vigorosamente. El general Saint-Cyr obligó á esta vanguardia á retirarse precipitadamente desde las márgenes del Fluvia á las del Ter. Quedábanle, pues, dos caminos á cual mas difíciles para proseguir su marcha sobre Barcelona. El de tierra, que se presentaba á su derecha, ofreciale el inconveniente de las plazas de Hostalrich y de Gerona, bajo cuyos fuegos era el paso, si no imposible al menos muy peligroso. El de la orilla del mar ofreciale el peligro de las flotillas inglesas, cuya artillería no dejaria de mortificarle, al propio tiempo que la fusilería de los migueletes, la cual no dejaba tampoco de ser mortifera, en esta atencion resolvió seguir ambos caminos alternativamente, cruzando de uno á otro por los ramales de travesía, abiertos para facilitar su comunicacion. Por el pronto, y tratando de persuadir á los españoles de que se dirigia sobre Gerona con el objeto de ponerla sitio, avanzó el 11 en direccion de esta plaza, y cuando supo que la vanguardia española se dirigia á cubrirla apresuradamente, hizo un movimiento sobre la izquierda y se inclino hácia La Bisbal, por cuyo camino se proponia marchar á Palamós, siguiendo la costa. El 11 por la tarde llegó á La Bisbal, y de alli partió el 12 para Palamós, despues de haber encontrado en las montañas de Calonja alguna fuerza de migueletes y de somatenes, los cuales hicieron bastante fuego sobre los flancos de nuestro ejército, cuyos soldados enardecidos con el triunfo que acababan de obtener, se hallaban preparados para toda clase de empresas.

Con todo, si los españoles hubiesen tenido alguna pericia en el arte de la guerra, hubieran debido escoger para contrarestar con todas sus fuer-

zas reunidas al general Saint-Cyr, el momento en que éste se había separado de la division Reille, aventurándose á marchar sin artilleria contra un enemigo que la tenia numerosa. Cierta que no hay plan que valga, cuando se carece de tropas capaces de mantenerse en linea, y que los oficiales españoles ignoraban las particularidades de la marcha del general Saint-Cyr; pero así y todo, es incontestable que el momento en que este general debía ser mas débil, era aquel en que se alejaba de los Pirineos para dirigirse á Barcelona, y que esta era por tanto la ocasion única para reunirse en masa y aguardarle en todos los pasos difíciles. Los españoles, no obstante, se limitaron á mandar unos diez mil hombres sobre el rio Fluvia, dejando el resto en el bloqueo de Barcelona, y el general que mandaba en la ciudad de Gerona, se contentó con mandar un correo á don Juan Vives, cuando vió desembocar al general Saint-Cyr sobre esta plaza.

Firme en su propósito el gefe de las tropas francesas, partió de Palamós en la mañana del 12, y despues de sufrir en la costa el fuego no muy bien dirigido de algunas lanchas cañoneras de los ingleses, se inclinó luego sobre Vidreras, procurando ganar el camino real de tierra, porque suponía que engañándose los españoles por la direccion que había tomado desde La Bisbal á Palamós, se dirigirian en masa hacia la mar. Todo sucedió, en efecto, como lo había previsto. Un cuerpo, al mando de Milans, procedente de las inmediaciones de Barcelona, se dirigió por Mataró á su encuentro, siguiendo la costa, y algunos destacamentos de Hostalrich, los miguelotes y los somatenes, mar-

charon tambien sobre el litoral para defender, auxiliados por los ingleses, los pasos principales, donde creían encontrar á las tropas francesas.

El general Saint-Cyr escogió los caminos de travesia, y al dirigirse desde Palamós á Vidreras, vió á las tropas de Lazan y de Alvarez, las cuales se hallaban reducidas á seguirle á una distancia que hacia todo ataque imposible. Su fuerza, á decir verdad, tampoco era suficiente para luchar con diez y siete ó diez y ocho mil franceses, hábil y enérgicamente conducidos.

Avanzando, pues, el mencionado general, como un jabali rodeado de cazadores, por el camino que conduce á Hostalrich, logró atravesar las alturas que circundan esta plaza sin contratiempo alguno, á escepcion de unos cuantos disparos tan poco certeros como los de las lanchas inglesas, y haciendo el 14 un alto en las cercanías, se volvió á poner en marcha el 15 para Barcelona, no teniendo ya que temer por el camino de tierra mas que al ejército principal de don Juan Vives.

El 15 despues de medio dia, encontró efectivamente á la entrada del desfiladero de Treinta-Pasos el primer destacamento de aquel, que era justamente el que había salido á las órdenes de Milans de las inmediaciones de Barcelona. El general Saint-Cyr se apresuró á forzar el desfiladero, porque no quería verse en la precision de atravesarlos delante del ejército español, al cual esperaba á cada instante encontrar en su camino.

Noticioso don Juan Vives por el correo que se le había espedido, de la marcha del ejército francés, había abandonado el bloqueo de Barcelonna para salir al encuentro del general Saint-Cyr, y des-

pues de haber mandado de vanguardia á Milans con cuatro ó cinco mil hombres, se puso á su vez en movimiento con quince mil, entre los cuales iba la division de Granada á las órdenes del general Reding, segun ya hemos dicho. El resto del grande ejército de Cataluña se hallaba en las cercanías de Barcelona, sobre el Llobregat.

El general don Juan Vives tomó posesion sobre las alturas pobladas de bosque que se hallan al frente de Cardedeu, y las cuales dominan la carretera de Barcelona, que atraviesa por la citada poblacion. En ellas se decidió á aguardar á nuestro ejército con los quince mil hombres que habia sacado de su campo, y con los cinco mil de Milans, que esperaba que se le incorporasen por la derecha. Una nube de migueletes cubria ademas las cercanías. De manera, que el general Saint-Cyr tenia que arrollar, para abrirse el camino de Barcelona, á las mencionadas tropas regulares, situadas sobre una excelente posicion, provistas de numerosa artilleria, y secundadas por osados y valientes guerrilleros.

Poco tardó éste, empero, á tomar su partido. Comprendiendo, que, con andar en tentativas, solo hubiera logrado por una parte, animar á los españoles y desalentar á los franceses, aclarando la situacion á unos y á otros, mediante á que los primeros tenian artilleria al paso que carecian de ella los segundos, y por otra dar tiempo á Claros, Alvarez, y Lazan para que se reuniesen y le atacasen por retaguardia, mientras que Vives lo hacia por el frente, ordenó á la division Pino, la cual marchaba la primera, que, trepando por el camino fragoso de Cardedeu, sin desplegarse, ni disparar

un tiro á fin de ahorrar tiempo y municiones, se abriese paso á la bayoneta. Desgraciadamente, y antes de que las órdenes del general en jefe fuesen comprendidas y admitidas, la brigada Mazuchelli, perteneciente á la mencionada division, se habia desplegado á la izquierda del camino de Barcelona bajo el fuego de la division Reding, que era la mejor sin disputa del ejército español, y sufría crueles disparos. El general Saint-Cyr mandó entonces inmediatamente sobre la estrema izquierda de esta brigada á la division francesa Souham, ordenándola que se lanzase sobre el enemigo á la bayoneta y en columna cerrada. Prescribió ademas á la brigada Fontana, (la segunda de Pino,) que, haciendo un movimiento análogo, marchase recta por el camino real y en columna cerrada sobre el centro de los españoles. Por la derecha del mismo camino marcharon dos batallones con objeto de amenazar la estremidad de la línea. Su caballeria, en fin, pronta á cargar donde el terreno lo permitiese, avanzaba entre los intervalos que quedaban de una columna ó otra.

Estas órdenes, las cuales fueron ejecutadas con una precision y un vigor extraordinarios, produjeron el resultado mas pronto y mas completo. La columna Souham por el estremo izquierdo de nuestra línea y la brigada Fontana por el centro, acometieron con tal resolucion á la línea española, que la rompieron y la arrollaron en un abrir y cerrar de ojos, logrando de esta manera redimir las dos alas de la brigada Mazuchelli. Los dragones italianos y el 24 de dragones franceses se lanzaron en seguida á galope sobre los españoles, los cuales habian empezado ya á replegarse, y los pusieron

en el desorden mas espantoso. El enemigo huyó en todas direcciones, dejando sobre el campo de batalla seiscientos muertos, ochocientos heridos, mil doscientos prisioneros, toda su artillería, sin exceptuar un cañon siquiera, y un parque de municiones, de las cuales teníamos gran necesidad. Los generales Vives y Reding, que fueron envueltos en la derrota general, lograron salvarse como por milagro, huyendo el uno hácia el mar donde se embarcó para ir á Llobregat á incorporarse con su campo, y el otro hácia el camino de Barcelona, el cual consiguió atravesar, merced á la ligereza de su caballo. Aquella batalla ganada en menos de una hora, nos valió, ademas de la adquisicion de todo aquello de que carecíamos, la posesion del camino de Barcelona y tomar un ascendiente irresistible sobre el enemigo. Lazan, Claros y Alvarez se presentaron al declinar el día sobre nuestra retaguardia, pero demasiado tarde para tomar parte en la accion. De consiguiente, habiendo terminado ya el combate, no les quedaba otro recurso que retroceder hácia Gerona, ó dirigirse al campo de Llobregat.

Nuestras tropas distaban ya una jornada tan sola de Barcelona, adonde urgía el llegar cuanto antes para proporcionarse viveres, por cuanto la galleta se habia ya agotado. Mandando, pues, el general Saint-Cyr, que fuesen colocados sobre los caballos de la artillería y los otros los heridos que podian ser trasportados, y viéndose reducido á abandonar á la discrecion de los somatenes, aquellos que no se hallaban en disposicion de soportar la marcha, se puso en camino de Barcelona, adonde llegó el 47 con tanta sorpresa de los

españoles, como regocijo de los soldados de Duhesme, á quienes la vista de un ejército francés, que iba á libertarlos del bloqueo, los llenaba de satisfaccion. Unos y otros se abrazaban con trasportes de júbilo, prometiéndose de aquella union los mas felices resultados.

Ademas de los cañones que el general Saint-Cyr cogió en Cardedeu, encontró en Barcelona una artillería numerosa y escelente, de la cual podia hacer uso, merced á los caballos de tiro que habia llevado consigo. Su pérdida en los combates que hasta entonces tuviera en Cataluña, habia sido tan corta, que contaba con diez y siete mil hombres al menos, los cuales unidos á los nueve mil que tenia el general Duhesme, sin incluir los heridos ni los enfermos, componian un total de veinte y seis mil combatientes, iguales en número y muy superiores en calidad á cuantos pudieran oponerles los españoles. El resultado glorioso de aquella marcha, ejecutada con tanto valor como pericia fué la concentracion de las fuerzas de ambos generales.

Aun cuando Barcelona no se hallaba tan desprovista de recursos alimenticios, como decia en sus comunicaciones el general Duhesme, exagerando su penuria para escitar el celo de los que tenian el encargo de levantar el bloqueo de la ciudad, preciso era, sin embargo, no permanecer encerrados en ella mucho tiempo, si se queria que no faltasen viveres á las tropas. El general Saint-Cyr resolvió, por tanto, proseguir sus ventajas, á cuyo efecto pensaba ir en busca del ejército español para acabar de derrotarlo, y dedicarse despues á poner sitio, una tras otra, á las plazas fuertes de

la provincia. Concediendo, pues, de reposo á sus tropas los dias 18 y 19 de diciembre, salió el 20 de Barcelona con direccion al Llobregat.

Al dar á sus tropas tiempo para que descansaran y se reuniesen, no le pesaba tampoco el que los españoles lo aprovecharan para concentrarse en el campo que tenían preparado sobre el Llobregat, distante algunas leguas de Barcelona, mediante á que, si bien es cierto que se debe procurar dividir á un enemigo terrible, no lo es menos que se debe apeteer encontrar en masa, á fin de destruirlo de una vez, á un enemigo que sea mas hábil para emprender la fuga que para el combate. El general Saint-Cyr partió de la capital del principado, llevando consigo su cuerpo de ejército, y una de las dos divisiones de Duhesme, la division Chabran. La otra, al mando del general Lechi, quedó guardando á Barcelona, mediante á que aquel consideraba suficientes veinte mil hombres para arrollar cuanto se le pusiera por delante.

El 20 por la noche llegó al Llobregat, cuya márgen fué siguiendo desde Molins del Rey á San Feliu. Los españoles, en número de treinta y tantos mil hombres se hallaban situados sobre unas alturas pobladas de bosque, y defendidos por el Llobregat, que solo era vadeable por algunos puntos. El puente de Molins del Rey, por el cual pasa el camino real de Barcelona á Valencia, habia sido fortificado con trincheras y parapetos tan acertadamente construidos, que con buenas tropas bien hubiera podido el enemigo creerse allí en la mas completa seguridad.

El general Saint-Cyr se condujo para apoderarse del puente con todo aquel arte que lo colo-

caba en la esfera de los primeros tácticos del siglo. El 21 de diciembre por la mañana apostó la division Chabran en Molins del Rey, encargándola que erigiese allí una bateria, como si se tratase de operar seriamente por aquel lado, y que procurase por todos los medios posibles persuadir á los españoles, de que se habia escogido efectivamente para verdadero punto de ataque. Prescribióle ademas, que en el instante mismo en que viese que las otras columnas habian atravesado el rio por mas abajo, cayese con el mayor impetu sobre el puente, y que, apoderándose de él, fuese á situarse sobre la carretera de Valencia, la cual se hallaba justamente á la retaguardia del enemigo. Dispuesta de este modo la division Chabran, el general Saint-Cyr mandó á la division Pino, que siguiendo hácia la izquierda el curso del Llobregat, lo atravesase por el vado de Llors, y á la division Souham, que lo pasase igualmente por mas abajo, ó sea por el vado de San Juan Despi. Asi que estas dos divisiones se hallasen al otro lado del Llobregat, debian trepar á la posicion de los españoles, atacarla vigorosamente, y desalojarlos de ella, obligandolos con este movimiento á que diesen con la division Chabran, si esta habia seguido las instrucciones del general en jefe. De esta manera era casi seguro que solo podrian salvarse un corto número de las tropas enemigas.

Las instrucciones del general Saint-Cyr, en parte al menos, fueron ejecutadas fielmente. El general Chabran fingió perfectamente el ataque prescrito sobre Molins del Rey. Las divisiones Pino y Souham atravesaron igualmente el Llobregat por los respectivos puntos que se les habian indicado,

llegaron al pie de las posiciones del enemigo, y empezaron á trepar hácia ellas con gran aplomo bajo un fuego dirigido con tal acierto, que demostraba bien que los españoles habian adquirido ya alguna instruccion. En el instante mismo en que nuestras tropas llegaban á lo alto de las posiciones procuró contrarestarlas la segunda línea enemiga, pasando en columna á través de los intervalos de la primera, y verificando esta maniobra con cierta precision. Deshízose, empero á la vista de nuestras bayonetas, y las reservas españolas, que solamente aguardaban para tirar á que aquella evacuase el terreno, la hicieron tanto mas daño que á nosotros mismos. Desde entonces introdujose ya el mayor desórden en las filas contrarias, y apelaron á la fuga, abandonando su artillería, y su parque de municiones, y arrojando las mochilas y los fusiles. Si en aquel instante, y con arreglo á las instrucciones que habia recibido, hubiese tomado el general Chábran el puente de Molins del Rey, reemplazando el ataque fingido con un ataque vigoroso, y desembocando sobre la retaguardia de los españoles, ni uno siquiera habria logrado salvarse. Pero aun cuando el mencionado general se apoderó en efecto, de aquella posicion, hizolo ya demasiado tarde para que la presencia de sus tropas en el camino de Valencia, produjese los resultados apetecidos. Esto no obstante, aquella batalla fué para los españoles otra completa derrota, en la cual ganó el ejército francés cincuenta piezas de artillería, un inmenso número de fusiles arrojados por los soldados en la fuga, y de mil doscientos á mil quinientos prisioneros que recogió la caballería, entre ellos el general Caldañés. La dispersion

del enemigo fué tan general como en las acciones de Tudela y Espinosa.

De todo el ejército del general Vives, solamente se reunieron en Tarragona unos quince mil hombres, los cuales llegaron inermes casi todos y en el estado de desaliento mas completo. El general Saint-Cyr quedó, pues, desde aquel instante dueño del campo en Cataluña, y ningun obstáculo se le ofrecia ya para recorrerlo en todas direcciones y emprender los sitios de las plazas, que tuviese por conveniente. Barcelona se hallaba tambien sometida, y no le era posible, por ende, hacer tentativa alguna.

De manera que los resultados obtenidos por el ejército del general Saint-Cyr desde el 6 de noviembre hasta el 21 de diciembre, los cuales compensaban sobradamente el retardo que se echaba en cara á este hábil general, era nada menos que una plaza fuerte conquistada por medio de un sitio regular, una marcha de las mas atrevidas y de las mas dificiles de ejecutar en un pais plagado de enemigos, dos batallas ganadas, y el gran ascendiente que habian logrado adquirir las armas francesas. Cierto, que se hubiera podido obrar con mas rapidez; pero mejor, rayaria casi en lo imposible.

Resulta, pues, que los franceses se hallaban en la segunda quincena de diciembre, libres y espeditos para sus movimientos en Cataluña, ocupados en Aragon en preparar el sitio de Zaragoza, dueños de Asturias y Castilla la Vieja por el mariscal Soult, en posesion de Madrid y de Castilla la Nueva por el grueso del ejército francés, y casi amos de la Mancha, cuyas llanuras recorrían di-

ferentes destacamentos de nuestras tropas hasta Sierra Morena. No habia por ende necesidad de otra cosa que de dar un paso para invadir el Mediodía de la Peninsula. Antes, empero, queria Napoleon tener á la mano los cuerpos de ejército que aguardaba, ora para coger á los ingleses por retaguardia si se internaban hácia el Norte, ora penetrar en el Mediodía, si se retiraban á Portugal: alternativa que era muy posible, y en la cual podia creerse, á juzgar por los informes contradictorios recogidos de los desertores y de los prisioneros.

Pero en el momento mismo en que se verificaban en Cataluña los acontecimientos felices que acabamos de trazar, los cuerpos que se hallaban en marcha, habian llegado, y la situacion se habia aclarado, merced á noticias mas precisas y circunstanciadas. El mariscal Ney habia entrado en Madrid con las divisiones Marchand y Lagrange, la segunda de las cuales habia pasado á las órdenes del general Maurice-Mathieu, á consecuencia de la herida que recibió el gefe que la mandaba. La division Dessoles, que se habia quedado un poco atrás para pacificar la provincia de Guadalajara, donde dejó el 55.º de linea con alguna artillería y un destacamento de dragones, entró tambien en la capital poco despues que el sexto cuerpo de ejército. El mariscal Lefebvre, á quien se habia incorporado, segun hemos dicho, la division polaca Valence, habia descendido por Guadarrama sobre el Escorial, y emprendido la marcha sobre Talavera, precedido por la caballería ligera de Lassalle y por los dragones de Milhaud. Napoleon tenia, pues, en Madrid los cuerpos de ejército al mando de los ma-

riscuales Victor, Ney y Lefebvre, la guardia imperial y los dragones de Latour-Maubourg, Lahoussaye y Milhaud, cuyas fuerzas reunidas componian un total de cerca de setenta y cinco mil hombres dispuestos á marchar inmediatamente. Erase fácil, por consiguiente, dar donde mejor le acomodase un golpe decisivo. Por retaguardia iban llegando la division Delaborde, que se hallaba ya en Burgos; la division Loison, que marchaba detrás; los dragones de Lorge, que aun no habian llegado á la ciudad mencionada; los dragones de Millet que estaban ya entre Burgos y Madrid, y el mariscal Soult, por último, que habia retrocedido de Asturias al reino de Leon con las divisiones Merle y Mermet, y un fuerte destacamento de caballería. Napoleon no aguardaba mas, por lo tanto, para tomar un partido definitivo respecto á los ingleses, que á tener noticias exactas de su situacion y paradero.

El general Moore, por su parte, á quien costaba tambien no poco trabajo el saber la verdad en un pais, donde no se decia nada á los franceses por el odio que se les profesaba, ni á los ingleses porque eran extranjeros, aunque auxiliares suyos, habia resuelto, al fin, despues de largas indecisiones, adoptar un plan de campaña. Alarmado por su situacion en medio de los ejércitos franceses, disgustado de sus aliados, á quienes creia encontrar propicios, llenos de entusiasmo y dispuestos á secundarle, y los cuales se mostraban abatidos, consternados y con disposiciones tan poco amistosas, que nada querian hacer por él sino á peso de oro, hubiérase retirado de muy buen grado á Inglaterra, si la Junta central que se habia refu-

giado en Sevilla, no se lo hubiera impedido, y si el ministro inglés Mr. Frère con especialidad no hubiera apoyado las súplicas de la junta con intimaciones imperiosas (4). El prudente general Moore, quien, como ya se ha visto, habia abandonado su línea de comunicacion con Portugal para establecer otra sobre Galicia, y el cual se habia encaminado hácia el Duero á fin de reunirse con sir David Baird, acababa de añadir algo mas á esta resolucion, determinando marchar sobre Valladolid, porque de este modo cubria mejor las apariencias de amenazar las comunicaciones de los franceses y de hacer algo en favor de la causa de los españoles, sin comprometer ni su reunion con sir David Baird ni su retirada sobre la Coruña. Una vez tomada esta resolucion, el general inglés habia marchado desde Salamanca sobre Valladolid, prescribiendo á sir David que fuese á incorporársele por Benavente. Pero no habia hecho mas que emprender este movimiento, cuando habiendo asesinado los españoles á un oficial francés portador de algunas órdenes del emperador para el mariscal Soult, y vendido por unos cuantos luises estos despachos á la caballería inglesa, supo por ellos que el mariscal Soult pasaba desde Asturias al reino de Leon, y que llevaba fuerzas muy inferiores en número á las del ejército británico, puesto que en las comunicaciones interceptadas se decia que el mariscal no tenia á la sazón mas que dos divisiones de infantería, las cuales podrian componer á lo sumo

(4) Los despachos de John Moore publicados por su familia, no dejan duda alguna acerca de todos estos puntos.

con la caballería, unos quince mil hombres, mientras que los ingleses debian tener de veinte y nueve á treinta mil, despues de la reunion del cuerpo principal con el de sir David Baird. En esta situacion, y teniendo el general Moore mas motivos para desear un encuentro que para procurar evitarlo, prosiguió en su plan de que se le reuniese sir David, si bien se propuso que esta reunion, en vez de llevarse á cabo en Valladolid, se efectuase marchando por Toro, en Benavente, adonde, segun sus órdenes, debia acudir aquel general. Habiendo ejecutado este movimiento del mismo modo que lo concibiera, el general Moore llegó el 18 á Castro Nuevo y sir David Baird á Benavente. El 20 de diciembre hallábanse ya reunidos ambos en Mayorga con la fuerza de veinte y nueve mil hombres, de los cuales eran veinte y cuatro mil de infantería, tres mil de caballería y dos mil artilleros con un tren de cincuenta piezas. El general Moore se apresuró á escribir al marqués de la Romana, el cual acababa de abandonar el reino de Leon con los restos del ejército de Blake para buscar un abrigo en Galicia, que no le dejase solo á presencia de los franceses, con los cuales iba á tener un encuentro. El marqués de la Romana, generalísimo de los ejércitos españoles en aquella época, y comandante especial de los de Castilla la Vieja, Leon, Asturias y Galicia, habia reunido unos veinte mil hombres en un estado de desnudez completo; incapaces de ser presentados al frente del enemigo, é inclinados á ello, mediante á que ningun deseo tenian de encontrarse con los franceses. Por esta razón habia resuelto conducirlos por Astorga y Leon á Galicia, donde esperaba reorganizarlos al abrigo de las



montañas, cuya protección era en el invierno mucho mas segura. Sintiendo, empero, mucho menos el general Moore la falta del apoyo de semejantes tropas, que el que fuesen á agotar los víveres de todos los caminos de Galicia, única línea de retirada que quedaba ya al ejército inglés, obtuvo á fuerza de instancias que regresasen á Leon, sobre cuya ciudad apostó, en efecto, el marqués de la Romana unos diez mil hombres de los menos desprovistos y desorganizados, mandando una vanguardia de cinco á seis mil hombres á Mansilla, sobre la ribera del Esla. Reunido el general Moore con su lugarteniente sir David Baird, contando con veinte y nueve mil hombres escelentes, y cerca de diez mil españoles, útiles al menos como tropas ligeras, comenzó á avanzar con extraordinario tiento hácia el mariscal Soult, deseando encontrarse con él, cuando consideraba el escaso número de sus fuerzas, y temiéndolo, sin embargo, cuando pensaba en la masa de franceses que habia esparcidos por España, y en la rapidez con que Napoleon sabia moverlos de un punto á otro. El 24 de diciembre dirigióse sobre Sahagun, donde el general Paget logró quitar algunos soldados al destacamento de los dragones de Lorge.

Hasta el 19 no habia sabido Napoleon de una manera positiva, que el ejército inglés, de la fuerza, segun los desertores del general Dupont, de quince á veinte mil hombres, habia partido de Salamanca para Valladolid. Por algunos partes supo igualmente que habian sido hechos prisioneros por su caballería en las inmediaciones de Segovia unos cuantos ingleses, los cuales debian pertenecer, segun todas las probabilidades, al cuerpo de ejército

al mando del general Hope, que tan gran rodeo habia tenido que dar para incorporarse con el general Moore en Salamanca. Napoleon sabia ademas con certeza, que no habia llegado á Astorga ningun otro cuerpo, procedente de la Coruña. Suponiendo, pues, que el ejército inglés pudiese contar con treinta mil hombres, costóle gran trabajo en un principio esplicarse sus movimientos, porque hasta entonces lo habia creido mas dispuesto á huir á Portugal, que á dirigirse sobre la retaguardia de los franceses: poco tardó, empero, á adivinar la verdad, deduciendo de su marcha hácia el Norte, que su objeto no era otro que cambiar su línea de retirada, colocándola sobre el camino de la Coruña. En esta atencion, tomó al instante su partido con aquella prontitud y aquel golpe de vista tan seguro que le eran peculiares, y que jamás le abandonaban.

Lejos de inspirarle inquietud alguna el encontrar á los ingleses sobre su línea de operaciones, deseaba por el contrario, que se internasen mas y mas, á fin de caer él mismo sobre su retaguardia. Al efecto prescribió al mariscal Soult y á todos los cuerpos que se hallaban en marcha sobre Burgos, en la ciudad ó mas allá de ella, tales como la division Delaborde del cuerpo de ejército del general Junot, y los dragones de Lorge, que se concentrasen entre Carrion y Palencia, y empleasen el tiempo, no en avanzar, sino en reunirse. Por su parte, se propuso pasar el Guadarrama por medio de un movimiento retrógrado, vivamente ejecutado entre el Escorial y Segovia, ó sea á la derecha de Madrid, y caer sobre uno de los flancos de los ingleses, si felizmente se internaban lo bastante en Castilla la Vieja con el objeto de encontrarse con el